

La **casa** de las **cuatro** **Chimeneas**

JUANA AURORA MAYORAL



*Para todos los que,
sin saberlo,
son los personajes reales
de este libro.*

Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.



Este libro está impreso sobre papel reciclable, ecológico, libre de cloro, y contribuye al desarrollo sostenible de los bosques.

Ilustración

Luis Jover

Coordina la colección

Equipo Dylar

Diseño

Alfonso Méndez Publicidad

Maquetación

copion

Impresión

Brosnac, S.L.

Depósito legal:

ISBN: 978-84-89655-03-4

© Juana Aurora Mayoral

© de la edición en castellano

© DYLAR ediciones

Tel.: 902 44 44 13

e-mail: dylar@dylar.es

www.dylar.es



La casa
de las cuatro
Chimeneas

JUANA AURORA MAYORAL

 **DYLAR**
ediciones

Juana Aurora Mayoral



¿Conoces a la autora?

Juana Aurora Mayoral Gallardo nació en Villanueva de la Serena, un pueblo extremeño de la provincia de Badajoz. Actualmente vive en Madrid.

Cursó estudios de Magisterio y de Psicología, y durante varios años se dedicó a la enseñanza.

Sin embargo ha centrado su vida profesional en su faceta literaria.

Desde pequeña sintió una gran pasión por los libros... y eso la llevó a convertirse en escritora.

Ha publicado libros de muy distintos géneros: de historia, de misterio, de ciencia-ficción, biográficos... También ha escrito guías sobre museos para jóvenes. ¡Ah! y en 1990 fue Lista de Honor de la CCEI.

Rellena tu ficha



La autora de *La casa de las cuatro chimeneas* se llama

.....

y es de una localidad de la provincia de

Antes de dedicarse a la literatura, trabajó durante años en el campo de la

Confiesa que desde

..... siente

por los libros.

Ha escrito obras en distintos géneros, por ejemplo

.....

..... y fue premiada por la CCEI en el año





Elena volvió a releer aquella carta, ¿cuántas veces lo había hecho ya? Cada vez que revolvió entre sus papeles, la encontraba allí: vieja, y amarillenta por el tiempo transcurrido... Era igual a la de sus hermanos Luis, Guillermo y Celia. El abuelo se había molestado, antes de morir, en escribir aquellos cuatro *embustes*; aquella *fantasía*. Y los cuatro la habían recibido con escepticismo. ¿Un tesoro? Viejo charlatán... Pero todos habían querido al abuelo, a aquel *lobo de mar*, como le llamaban.

¡Cuánto habían presumido, cuando eran pequeños, en el colegio!

«—Mi abuelo es marinero.»

«—Marino, hijita, marino. No marinero —les corregía él, aparentemente enfadado, con palabras recias y contundentes.»

Pero a Elena no le importaba la corrección; además, marinero le sonaba mejor, más

redondo, más importante; más rotundo. Luego, cuando él envejeció, lo embromaba, porque sabía que él se había vuelto más quisquilloso.

«—Hola, mi viejo marinero.»

Y él la miraba sin reproche, con aquellos ojos azules que ella tanto quería.

Sacudió la cabeza con tristeza. Aquello quedaba muy lejos ya. Pero aún no podía evitar la atracción de aquella vieja misiva.

«Éste es mi testamento: mi tesoro os lo repartiréis, a partes iguales, entre los cuatro hermanos.

Estad unidos y seguid veraneando en la casa de las cuatro chimeneas. Como cuando érais pequeños. Y después, cuando veníais aquí con vuestras familias y eso me hacía tan feliz».

Sonrió.

¿Su tesoro? ¿De qué tesoro hablaba? Habían pasado diez años y, ni en bancos, ni en cajas de ahorro, tenía una sola peseta. Rebuscaron en la casa con ahínco: una casa entrañable, pero vieja, llena de trastos inútiles que ellos, por respeto, hasta entonces no habían querido tirar.



Desaparecido el abuelo, miraron hasta el último rincón, tocaron las paredes por si alguna estaba hueca; desmontaron dos viejas cómodas que tenían cajones secretos..., levantaron alfombras... ¡Nada! ¡Nada de nada! Sólo la casa, que heredaron ellos puesto que sus padres habían muerto cuando eran pequeños y quedaron al cuidado de la vieja niñera de la familia.

Después se fueron cansando, desapareció la magia del testamento, y fueron espaciando más las visitas a la casa, cada uno se fue por su lado. Cuando el abuelo vivía, todos se habían prestado a llevárselo con ellos. No quiso; nunca quiso abandonar la casa de las cuatro chimeneas. Se quedó la vieja niñera cuidándolo. Murió tres días después que él.

Pasado un año, cada uno de los hermanos recibió una cariñosa nota del abuelo. Sólo una pequeña frase, escrita con el pulso temblón que da la mucha edad. Se sorprendieron; pero el abogado de la familia les aclaró el misterio.

—Vuestro abuelo me recomendó, insistentemente, que os las diera cuando se cumpliera el año de su muerte.

Ella, emocionada, abrió la suya a la salida del funeral.

Querida Elenita:

La chimenea acoge a la familia alrededor de su fuego purificador.

Te quiere:

Tu viejo *marinero*.

Suspiró con nostalgia. Pero, ¿qué significaba aquello? Cuando se reunieron los hermanos, cada uno leyó su carta.

Querido Luis:

Verde es el color del mar y de todo lo viviente.

Te quiere:

Tu paciente más achacoso.

Su hermano Luis, médico, lo había cuidado con mimo los últimos años. Pero era inflexible con él. Y él, siempre inteligente, le daba la razón en todo; pero lo engañaba con finura: los puros, que le había prohibido tajantemente, aparecieron en los lugares más insospechados. La vieja niñera le ayudaba a ocultarlos.

Guillermo aún tenía los ojos velados por la tristeza cuando abrió la suya.

Querido Guiller:

El tesoro, en esta vida, es sabe querer a los demás, siempre a pesar

de todos los defectos, ¿me entiendes?

Te quiere:

Tu abuelo preferido.

Guiller, como lo llamaba el abuelo, había seguido sus pasos, también era marino: capitán de la Marina Mercante. Y también, muy recto moralmente, pero exigía todo de los demás; el abuelo intentó siempre dulcificarlo.

Celia había pasado unos meses muy malos después de la muerte de los dos. Era extremadamente hermosa. Sus ojos, de un negro intenso, resaltaban sobre el blanco inmaculado de la toca de las Hermanas de la Caridad que estaban en los hospitales.

Mi queridísima Hermana Celia:

Está en el amor la felicidad que se busca; y tú encontraste muy pronto tu camino.

Desde donde yo me encuentre, te bendeciré por tu entrega a los demás.

Te quiere:

Tu abuelillo.

Todos habían guardado un emocionado silencio. Y todos guardaron las dos cartas.

El abuelo había demostrado, escudado en su fiereza de viejo *lobo de mar*, que era un

ser muy humano y tierno. Siempre lo recordarían con auténtico cariño.

—Oh, mamá.... ¡No puede ser verdad! Dime que no, por favor, ¡no y no!

A Lena estaba a punto de darle un ataque de furia. Elevaba la voz a la vez que hablaba. Su madre la miraba impasible.

—Sí, Lena, es verdad. Y no sé por qué ese enfado.

—¿Que no sabes por qué? Pues porque no es un plato de gusto irnos dos meses a *La casa de las cuatro chimeneas*. ¡Y en verano! ¿Nos vamos a perder la playa? ¿No podré ver a mis amigos? ¿Ése es el premio por haber aprobado todo el curso? ¡No podré soportarlo! Además, ¿con todos los primos? ¿Y los tíos? Pero, ¿sabes cuántos vamos a juntarnos? ¡Quince personas! ¿Quince personas tan diferentes en una casa de pueblo? ¡Y dos meses nada menos! ¡Uyyyyy!

Elena dejó hablar a su hija mayor para que se desahogara, pero no estaba dispuesta a desistir de su empeño; hacía mucho tiempo que no se veían los hermanos



y aquella era una buena ocasión. ¡Quién sabe cuándo volverían a reunirse!

—Vamos, mami, no nos hagas esta faena. A Javier tampoco le hace gracia —seguía, machacona.

—Pues a Javier le hará la gracia que quiera, pero tenemos que juntarnos allí —dijo Elena.

—Eso es: *tenéis*: los cuatro *hermanitos*, pero no los ocho *primitos*, ¿no? Y los tres *cuñaditos*, ¿no?

—Los cuatro *hermanitos* —respondió su madre, irónica—, los ocho *primitos*, los tres *cuñaditos*, los tres perritos, el hámster de Mari Pepa..., y no sé si cualquier otro animalito —terminó, recalcando las mismas palabras que había ironizado su hija.

—¡Uyyyyy...!

—¡Deja ya de gritar! Tienes doce años y aún no has aprendido a tener una conversación sosegada cuando no te gusta algo. No hay nada que hacer, Lena.

—Pero, ¿para qué vamos?

—Ya lo sabes: la casa se cae de vieja, tenemos que decidir qué hacer con ella.

—Pues hablad por teléfono sobre ello...

—¡Ya está bien de dar órdenes! —Jaime, su padre, se quitó las gafas de un tirón y miró serio a su hija.

—Pero, papaaá...

—No te quejarás de que no somos consecuentes contigo, ¿no? Mamá y los tíos quieren juntarse; y a mí me parece una idea excelente. Tu hermano y tú nos acompañaréis aunque no os guste. Es el primer año, desde que tenéis uso de razón, que no hacemos reunión familiar para decidir el lugar del veraneo, ¿no? ¿Por qué te empeñas en que no podamos elegir nosotros en esta ocasión?

Lena enrojeció. Su padre continuó, muy enfadado.

—Imagínate que tu hermano y tú, cuando fuerais mayores, decidierais veros para algo importante. ¿Dejaríais que un hijo vuestro estropeará la reunión?

—No —contestó con sinceridad, mirando a su padre con una mirada limpia.

—Entonces, ¿por qué actúas así?

—Porque, la última vez que nos juntamos con los primos, en la casa, nos peleamos.

—Y, ¿algunos de nosotros, los mayores, tomamos partido en aquellas peleas?

—No. Pero Carol me puso un ojo morado de un puñetazo.

—Y tú, ¿qué le hiciste a ella?

—La mordí en una rodilla.

—Entonces, ¡en paz! Además, tú sabes cómo pensamos tu madre y yo de esas cosas. Así aprendisteis las dos a respetaros. Nunca os hemos tenido metidos en un fanal; os hemos dejado que aprendierais a desenvolveros por vosotros mismos sin ser vuestras muletas en la vida. Necesitáis el contacto con los demás chicos y chicas de vuestro entorno, de vuestra familia.

Tu madre y sus hermanos se quieren y respetan. ¿Vas a intentar negarles la posibilidad de estar juntos? ¿De recordar su niñez en la casa que tanto amaron de pequeños? La pena es que no hayamos podido ir con más frecuencia allí.

—Papá, ¡es que no aguanto a Claudio!

—Precisamente por eso. Porque también es primo tuyo debes conocerlo mejor.

—Es al único que no aguanto. Es... ¡un repelente!

—Mira, Lena, cada uno es como es. No pretenderás cambiar a nadie, ¿no?

—¡Es un repelente que siempre está leyendo y estudiando!

—Si eso le gusta, hace bien. ¿No pretenderás que haga lo que a ti te gusta?

—Sin embargo, con su hermano Juanvi me llevo muy bien. Bueno..., tal vez no sea tan malo el volvernos a reunir... ¡ocho primos!

Elena respiró aliviada. Reconocía que sus hijos no tenían por qué querer a *La casa de las cuatro chimeneas* como ella, pero le hacía mucha ilusión volver allí con su familia y que los primos se conocieran mejor. Y que se divirtieran en la enorme casona, como sus hermanos y ella, al recorrer los larguísimos pasillos y perderse en las destartaladas habitaciones llenas de encanto..., y de misterio. Aunque, la verdad, es que Lena tenía parte de razón, conjuntar a los primos, tan distintos, iba a ser una ardua tarea. Los hijos de su hermano Guillermo, Juanvi y Claudio, se llevaban apenas un año, ¡pero eran tan distintos! Juanvi, trece años, era alegre y dicharachero, había crecido demasiado

para su edad y era un pelirrojo simpaticuísimo. Claudio..., Claudio era otra cosa. Con doce años era una enciclopedia viviente.

Todavía recordaba cuando su cuñada Joana le mandó ir al pueblo para que le comprara unas manzanas.

«—¿Cuántas? —preguntó muy serio.»

«—Pues..., no sé... Como las traes en el cestillo de la bicicleta, digamos, por ejemplo..., ¿cinco kilos?»

«—¿De cuáles? —volvió a preguntarle, imperturbable bajo sus enormes gafas.»

«—¿De cuáles? No te entiendo.»

«—Sí, mamá —contestó Claudio, con cara de catedrático—. ¿Las quieres *Starking*, *Granny Smith*, *Fuji*, *Royal Gala*, *Golden*, *Reineta* parda o...?»

No pudo acabar. Todos los que estaban reunidos en el patio de la casa a la sombra del enorme albaricoquero, tomándose un refresco, soltaron una sonora carcajada.

Claudio levantó la cabeza muy ofendido, se montó en su bicicleta y salió como un rayo del patio. De sus dientes, apretados

por la rabia, salió una sola palabra: *Ignorantes*.

Y atravesó el portalón sin volver la vista atrás. Joana, con aquella ironía fina heredada de sus antepasados ingleses, levantó la voz.

«—¡Yo también te quiero, hijo!»

Desde aquel día, lo que quedaba del verano, Claudio se dedicó a mostrar su sabiduría al resto de la familia de una manera ofensiva. ¡Y siguió acumulando matrículas de honor en todos los cursos!

—Bueno —dijo Elena— llamaré a Celia al hospital. Creo que la dejarán venir. Lleva siete años sin tomarse unas vacaciones. Aunque no pueda estar los dos meses, espero que, al menos, la dejen uno.

—¿Ves? —contestó Lena—. La tía Celia es un verdadero encanto. No he conocido a nadie, a ninguna persona más dulce y generosa que ella. ¿Como es posible que no le dé importancia a nada? Y, además, ¿por qué siendo tan guapa quiso ser monja? ¿Por qué la dejaría el abuelo?

—Es verdad que es bellísima —respondió su madre—. Yo siempre tuve celos de los maravillosos ojos negros que tiene, de las



enormes pestañas, de su casi ingravidez al caminar. Se parece mucho a mi madre. También ella era muy guapa —evocó con nostalgia—. ¿Por qué el abuelo la dejó ser monja? No es que la dejara, ¡es que estuvo siempre orgulloso del camino que había elegido! Siempre pensó que era tan buena, que el tiempo que estuviera con nosotros sería un regalo del cielo. Cuando se fue, sólo le dijo cuatro palabras, emocionado: «No nos olvides nunca». Espero que pueda venir.

Se levantó decidida y marcó un número en el teléfono. No le costó mucho trabajo convencerla. Ella también añoraba *La casa*.

Quedaron en verse la próxima semana.

Los días que faltaban fueron de intensos preparativos.

Pero Elena los pasó pensativa. Las últimas palabras de su hermana fueron tan enigmáticas que le habían llamado la atención:

«—Di a los hermanos que no olviden las cartas del abuelo.»

¿Qué habría querido decir?